

y porque el Maestro había hecho que todo el mundo se diera cuenta. Me sentí tan tremendamente estúpido, tan pequeño en ese momento, que deseé escapar corriendo del *jānaqāh*. El *darwish* persa a quién se había dirigido el Maestro, comenzó entonces a decir:

«Mohāsebi», explicó con voz paciente, como un profesor dando clase a un alumno torpe, «fue un antiguo sufí famoso, uno de los maestros de Yoneid. ¿Este sí sabes quién era, no?», añadió con una sonrisa. «Los escritos de Mohāsebi ejercieron también una gran influencia siglos más tarde sobre Ahmad Qazālī y su biografía fue incluida por 'Attār en su obra *Memorial de los Santos*». Después de una pausa, añadió: «Más valdría que te limitaras a abrir cajas».

Con rabia, volví la espalda a los *darwishes* y al Maestro, agarré una de las cajas sin abrir y comencé a tirar de la tapa de madera sólo con las manos. Al principio no cedía. Luego sentí que lo conseguía y me puse a tirar más fuerte. Con mi ira, era sencillo. La tapa saltó, pero uno de los clavos que la sujetaban me rasgó la mano y empecé a sangrar. Para no ensuciar la alfombra, cogí un trapo que había cerca, lo único que tenía a mano y lo enrollé alrededor de mi mano. No me importaba que no estuviera limpio; así, se me gangrenaba y moría.

Quería, sin embargo, al mismo tiempo, que el Maestro viera la sangre, que supiera que me había lastimado. No hice ningún esfuerzo para ocultar el trapo que estaba lentamente pasando de un blanco sucio a un rojo vivo. Quería que el Maestro sintiera pena por mí, que se sintiese culpable por su crueldad y apenado por haberme hecho sentir tan poca cosa. Pero ni siquiera se dio cuenta.

Al día siguiente, había borrado el incidente de mi mente y lo había olvidado todo.



Hace unos años, el *sheij* que me había nombrado portero del *jānaqāh* vino de visita a Nueva York. Era un día de *digyush*, una ceremonia especial

La intimidad tras el pavor

Cuando el ruido de manos y gargantas
es memoria que entibia la taberna
y en sus salas dormís vuestro sopor
de borrachos tristes y destronados
me llevo a una esquina donde poder
pasar bebiendo mi vigilia.
Estos días soy el portero de la taberna.
El pastor de vuestros alientos des preocupados.
En sueños os escucho palabras inauditas
o bien os mostráis entre gestos inexplicables
que fiel guardo para mi saboreo.

—Luis Carrero

que tiene lugar para celebrar la iniciación de alguien, y por ello asistían más *darwishes* de lo habitual. Después de las oraciones, todos los *darwishes* se reunieron en la sala del fondo. Yo tenía algunos asuntos que atender en la cocina, así que cuando llegué a la sala donde se iba a celebrar la reunión, estaba ya casi llena de gente. Para no llamar la atención y no distraer, me senté en un lugar de atrás.

Poco después hizo su entrada en la habitación el *sheij*, y todo el mundo se puso en pie hasta que se sentó. Después de sentarnos todos, recorrió con la mirada el círculo de los *darwishes*. Al verme al fondo, me llamó y me dijo que me acercara para sentarme en un lugar cerca de él, a su derecha. Normalmente la gente es libre de sentarse donde quiera en el *jānaqāh*, pero en reuniones especiales el *sheij* reubica en algunas ocasiones a los *darwishes*, colocando cerca de él, o del Maestro, a los que llevan más tiempo en la senda o a los que desea honrar con su cercanía.

Como yo llevaba más tiempo como *darwish* que la mayoría de los allí reunidos, el *sheij* estaba señalando, pienso yo, que el lugar que me correspondía estaba más cerca de él.

Llamó luego por su nombre a otro *darwish*, un señor muy mayor que se había iniciado a una edad avanzada, y le indicó que se sentara al lado de él, un gran honor. Observé con una punzada de envidia cómo cruzaba lentamente la habitación el anciano, con todas las miradas fijas en él.

A la tarde siguiente, en la reunión habitual de los domingos, entré como siempre en la sala con los demás *darwishes*, después de la oración. No quería manifestar ningún signo de auto-suficiencia al sentarme otra vez cerca del *sheij*, por lo que decidí tomar asiento en el fondo de la habitación. En cuanto me senté, sin embargo, comencé a sentir un extraño sentimiento de agitación. De repente supe —aunque «saber» no es la palabra correcta, pues el darme cuenta no provino de mi mente— que el lugar que me pertenecía era aquel donde me había colocado el *sheij* la tarde anterior, y que sentarme al fondo después de lo sucedido el día antes no era en absoluto un acto de humildad, sino un acto de *hubris*, de orgullo. Sin dudar lo más mínimo, incluso quizás sin controlarlo yo, me levanté y cambié de lugar. En ese momento, entró el *sheij*.